

ensayos



Estudiar, interrogar la clínica y concluir, cada tanto. Hacer de ello un texto.

Los seminarios constituyen un pilar esencial en el dispositivo.

La formación del analista en la cigarra y la interrogación a la teoría fundada en la práctica cotidiana producen saldos de saber que esta nueva sección de entreUnos comienza a compilar.

Ricardo Seijas

Psicoanalista, coordinador del Htal de día de adultos, CSM Nro.1

Introducción

A pesar de que la expresión *deseo del analista* es empleada crecientemente por Lacan en un tramo acotado de su enseñanza -el que va desde 1958 (en *La dirección de la cura...*, hasta 1965 en el seminario *Los problemas fundamentales del psicoanálisis*)- y luego abandonada y sustituida por otras -acto analítico, posición del analista, discurso del analista, - para señalar lo que define al psicoanalista, *deseo del analista* es una expresión que mantiene absoluta vigencia entre aquellos orientados por su enseñanza y de hecho recurrimos a ella permanentemente.

También así lo hacemos cuando hablamos de nuestro encuentro con el autismo y la psicosis. Usamos la expresión deseo del analista en numerosas ocasiones pero hemos advertido que lo hacemos al modo de una x que nombra el lugar del problema que se nos presenta en esta clínica en relación a la función del analista, pero sin poder definirlo con alguna precisión. El seminario que nos propusimos en el 2014 con Gustavo Slatopolsky en el CSM Nro.1 intentó desplegar este problema, y el escrito que sigue busca sintetizar algunas ideas y preguntas que surgieron en su desarrollo.

Es de suponer que la noción *deseo del analista* nunca perdió vigencia porque con esta expresión Lacan logra situar algo que excede los cambios y giros de su doctrina. En *La dirección de la cura...*, donde la emplea por primera vez, en una sola ocasión, dice a propósito de cómo pensar la relación entre la acción del analista y su ser: „*Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista*“. Esa cúspide que menciona ya anticipa el modo en que posteriormente tratará de definir el deseo del analista. Pocos años después, en la clase del 10 de enero de 1961 del seminario *La transferencia*, Lacan precisa: „*Se trata entonces de intentar articular, según las referencias que son, que pueden ser designadas por nosotros a partir de una topología ya esbozada como las coordenadas del deseo, eso que debe ser, eso que es fundamentalmente el deseo del analista*“.

En la primera clase del seminario 11 precisa aún mas: „*Y el análisis didáctico no puede servir para otra cosa como no sea llevarlo (al analizante que busca ser analista)*¹ *a ese punto que en mi álgebra designo como el deseo del analista*“.

O sea, la definición y el lugar del deseo del analista depende del establecimiento de una topología del deseo. Pero también del recorrido mismo del análisis y su final². El deseo del analista es el producto de ese final. Una pregunta se nos impone inmediatamente ¿es esta topología y este recorrido el del deseo neurótico? Podemos hacer la pregunta de otro modo ¿la noción deseo del analista es o no transestructural?

Por ejemplo, cuando en el seminario de *La transferencia* dice: „*Lo mismo, es imposible, en el psicoanalista, si su deseo está advertido, que consienta en detenerse en el señuelo*“ ¿no está reduciendo ese deseo a lo que debe ser en su encuentro con la neurosis?

1 Entre paréntesis, aclaración nuestra

2 Debemos aclarar que no es el único modo en que Lacan usa esta expresión. Lo hace en otros tres modos distintos: para localizar una posición del analista en la cura, ya sea necesaria o contraindicada -casi en los términos de “Consejos al médico” (por ej: no desear lo imposible, no desear curar), para nombrar un problema fundamental del psicoanálisis pero sin definirlo y para mencionar el deseo no analizado de analistas (ej, Breuer).

Más transparente es su posición cuando va constituyendo la doctrina de la estructura del sujeto en los seminarios 10 y 11 (el objeto a!) y arriba a una noción de fin de análisis propia de la neurosis: el atravesamiento del fantasma. Sin embargo también nos encontramos con otra definición de deseo del analista y de fin de análisis, que sí se puede hacer extensiva al menos a la psicosis: *"El deseo del analista no es un deseo puro. Es un deseo de obtener la diferencia absoluta la que interviene cuando, enfrentado al significante primordial, el sujeto viene por primera vez en posición de someterse a él..."*.

Nos encontramos entonces en relación con esta noción con las dificultades de la doctrina analítica -tanto en Freud como en Lacan- para constituir una topología de la estructura psicótica que no sea pensada en términos de negación (o déficit, o incluso ausencia) de la estructura de la neurosis. En Lacan: forclusión del nombre del padre, ausencia de significación fálica, no función del objeto a, no inscripción del sujeto del inconsciente, el par S1-S2, la pulsión, el discurso. En el caso del autismo hay lacanianos que llegan a pensarlo en términos de a-estructura y por lo tanto, de ausencia total de deseo y de sujeto.

Constatamos que esto hace psicoanalistas deficitarios, en principio porque no saben si están haciendo psicoanálisis, y en el peor de los casos, porque creen que efectivamente están haciendo algo que no lo es.

A pesar de este déficit del psicoanálisis mismo, los psicoanalistas seguimos encontrándonos con autistas y psicóticos, e intentamos hacer de ese encuentro un psicoanálisis. Pero cómo?

Podemos encarar este problema siguiendo tres vías diferentes: tratando de establecer esa esquivada topología del deseo psicótico y/o autista (y entonces localizar en ella el deseo del analista y el fin de análisis); tratando de definir qué es un psicoanálisis más allá de la estructura con la que se encuentre (neurótico, psicótico, autista); por último: investigar la relación entre el análisis del analista y su final, y el problema que se nos presenta en este caso: escuchar sujetos que no comparten su estructura. No hay saber alguno proveniente del análisis del analista sobre el recorrido posible de esos analizantes.

Son distintos puntos de partida y caminos que se entrecruzan, todos ellos conducentes a dilucidar el mismo punto: ¿qué psicoanálisis para los autistas y los psicóticos? ¿qué psicoanalista para ellos?

Cada una de estas vías nos promete muchas dificultades. Pero no es algo inédito. En los últimos tiempos, al acentuar la lectura del último tramo de la enseñanza de Lacan se ha revalorizado lo que hay en común entre las estructuras, en desmedro de orientarnos exclusivamente por sus diferencias.

En este escrito elegimos desarrollar la segunda vía: la de situar si existen condiciones transestructurales del psicoanálisis y por lo tanto del deseo del analista.

Psicoanálisis siempre, mas allá de las estructuras

Para ello tomamos algunos desarrollos de dos libros de Gerardo Arenas, *La flecha de Eros* y *En busca de lo singular*, donde el autor intenta cernir qué es lo que sería esencial al psicoanálisis, mas allá de las diferencias de doctrina que tanto Freud como Lacan fueron produciendo en su obra, y mas allá de la estructura del sujeto que consulta.

Una de sus ideas es que hay una *brújula* que impulsa y orienta esos diversos giros doctrinarios de Freud y de Lacan. Esa brújula se compone de tres caracteres: productivo -el psicoanálisis busca producir de la manera mas eficaz modificaciones en el sufrimiento del sujeto-, ético -el sufrimiento y la intensidad del cambio los decide el sujeto, nunca el analista-, y lógico -lo singular debe primar siempre sobre lo universal-. Los tres caracteres coincidirían en la suposición de la existencia del sujeto y su responsabilidad, y en la búsqueda de su singularidad como meta última del análisis.

Esta brújula se sostiene en esta clínica que estamos intentando dilucidar?

Indudablemente podemos tildar afirmativamente el carácter productivo: buscamos producir un cambio en el sufrimiento del sujeto de la manera mas eficaz posible.

También tildamos positivamente al tercero. Aunque nos confronta con la dificultad de definir lo singular en estas estructuras. Y su fin de análisis. Volveremos sobre esto hacia el final de este trabajo.

El segundo carácter ha sido siempre el mas discutible, pues se trata de la demanda de análisis en sujetos psicóticos y sujetos autistas. Especialmente complicado es definir qué es la demanda en sujetos desanudados (el psicótico en su crisis de desencadenamiento, el autista en su presencia misma). Aquí nos encontramos con cierta desorientación del analista: debe definir él mismo el „penar de mas“ del sujeto? Debe renunciar a la ética del análisis y guiarse por cierta „normalidad“ que definiría el síntoma en estas estructuras?

No, para nada. Se debe leer esa demanda de otro modo, se debe leer la respuesta del sujeto mas allá de sus enunciados, su silencio o incluso su aparente feliz estabilización o anudamiento (no es lo que hacemos en la neurosis?). Qué leemos entonces? Su posición en acto tanto ante la demanda de sus familiares, ante el Goce del Otro y ante las maniobras del analista: consentimiento a una u a otra, que dirá de posiciones absolutamente distintas, y donde encontramos la responsabilidad del sujeto en estas estructuras. Esto implica que el analista siempre supone una respuesta subjetiva, aún en las presentaciones fenoménicas mas a-subjetivas.

Ya desde el primer encuentro podríamos afirmar que con nuestro accionar molestamos la defensa lograda por el sujeto ante lo real (o dicho de otro modo: el Goce del Otro), para pasar a la constitución de una nueva, a la que volvemos a molestar. Pero entonces: cuando hay cambios en el sujeto: qué nos impulsa a continuar? Por qué no nos conforma ninguno de estos cambios y los consideramos „parciales“ -en relación a qué? Es claro que tenemos en nuestro haber -a veces de manera no clara- una meta. Para no confundir esa meta con los objetivos sociales que podemos encontrar por doquier acerca de estos sujetos -y obviamente también operando inadvertidamente en nosotros-, debemos establecer

algún modo de espectro de posibilidades de la estructura en cuestión. Aquí el camino que elegimos se cruza con la vía de la topología de la psicosis y el autismo, que en este trabajo abandonamos, pero que trabajamos asiduamente en otro que presentamos en las jornadas del año pasado.

Por otra parte, otra de las ideas de Arenas para definir lo que es común a todo psicoanálisis es considerar cuáles son los pilares metodológicos indiscutibles para cualquier psicoanalista: son cuatro: asociación libre, atención flotante, transferencia y abstinencia del analista.

Todos ellos han sido cuestionados para la clínica del autismo y la psicosis: la asociación libre y la atención flotante, al punto de su contraindicación (psicosis) o a su incongruencia (autismo); la transferencia (rechazada en términos de inexistencia o infinitud invalidante), o la abstinencia (eliminada por la clínica misma, desde el juicio del analista sustituyendo al del sujeto en cuanto a la necesidad y prosecución del análisis, hasta numerosas expresiones de afecto hacia los analizantes, inconfesables en otros casos)

Nuestra propuesta es que es posible establecer una especie de metaestructura del método psicoanalítico, o sea, de estas cuatro reglas, que permite sostenerlas mas allá de la estructura con la que nos encontremos, y por lo tanto, sitúa un analista posible en cada caso. .

Asociación libre:

El objeto de esta regla es que el sujeto hable sin que el yo juzgue lo que dice, con el fin de que permita el surgimiento de significantes ligados a su singularidad (las formaciones del icc). La regla promete implícitamente un sentido para todo lo que surja. Pero si reducimos la regla a su objetivo central: el surgimiento del signo ligado a la singularidad del sujeto, podríamos decir que también es aplicable a la psicosis -cuando el yo está suficientemente armado para juzgar lo que quiere decir- o en la psicosis desencadenada y el autismo, donde no hay yo para juzgar, y donde el sujeto profiere una serie de signos sin aparente orden alguno.

Atención flotante:

La atención flotante también es posible en la psicosis y el autismo. El analista no busca comprender -entender lo que el sujeto dice o hace. Todo elemento discreto (palabra, gesto) tiene el mismo valor inicial para él. La diferencia es que no está en la búsqueda del significante que llama a la otra escena, sino a la presencia del sgte en lo real en el caso de la psicosis - y de la huella no borrada en el caso del autismo, mas allá de los sentidos que puede creer que portan (tanto el significante en lo real, como la huella).

Se trata entonces de una escucha que tampoco se guía por la significación, otorgando sentido alguno a las manifestaciones del analizante sino que pretende estar atento a la aparición de lo singular del sujeto en ellas, sostenerla para

que surja otra dimensión: la lectura.

Tanto la asociación libre como la atención flotante buscan establecer un modo que habilite el surgimiento de algo inédito en la producción del sujeto. La punta del ovillo que conduzca a su singularidad.

Transferencia:

La idea de que no hay transferencia en estas estructuras -en el caso de la psicosis- data del mismo Freud. Sin embargo, en el análisis del caso Schreber el plantea que el sujeto constituye una transferencia del padre al dr.Fleschig. En relación al modo de concebir la transferencia en Lacan, en los años que utiliza la noción „deseo del analista“, es cierto, no habría transferencia en estas estructuras puesto que no habría constitución del SSS. Pero eso no implica inexistencia de lazo libidinal entre el sujeto y el analista. Por el contrario. Son innumerables los casos donde el analizante psicótico o autista, pasa de „presentarse“ ante el analista, a producir algún tipo de „llamado“, a finalmente a anudar su análisis al nombre propio del analista. O sea de la aparente indiferencia inicial a un lazo absolutamente singular, donde se podría decir, el objeto no es cualquiera.

Gerardo Arenas nos aclara: es muy común suponer que hay cero transferencia (autismo, esquizofrenia, cualquier psicosis) o transferencia infinita (erotómana, paranoica). Nada hay en el medio, cuando es evidente que muchos sujetos transcurren su análisis por esa mas que ancha avenida central.

En la neurosis el analista presenta un deseo enigmático, opaco, es lo que causa la transferencia. Por el contrario, en el autismo y la psicosis, el deseo que presenta el analista es un deseo traslúcido, clarísimo. El sujeto nos supone otra posición que en el caso de la neurosis: ser el Otro que los goza. Se trata entonces de restar consistencia a dicha „demanda“ inicial presentando sin dudar un agujero de goce en el cual pueda ubicarse el analizante, y no entonces un agujero en la significación que le daría mas consistencia a ese goce del Otro. Pero para presentar ese „agujero de goce“ hay que realizar una serie de maniobras que desde la posición del analista en la neurosis podrían considerarse no abstinentes: responder preguntas de la vida personal del analista, demostrar afectos o intereses, etc. De esta lectura imaginaria de la abstinencia es que parte la incomodidad del analista con sus intervenciones.

Esta incomodidad se prolonga en otro tipo de intervenciones que leemos como „forzamiento“ (por la repetición insistente) o „construcción“ (de algo que debe ir al lugar de lo que no hay): posición activa del analista que causa un efecto positivo en el lugar de lo negativo. Posición activa que en oposición al lugar del analista en la neurosis donde se la define por el corte, por el equívoco, por el sinsentido, en definitiva por ubicarse como causa de deseo, efectuando la división del sujeto, parece ser la de un amo. O en el caso contrario, cuando nos toma el otro polo de este modelo, el de alojar el testimonio, el de ser el secretario. Allí el lugar del analista se reduce a una especie de resignada pasividad. Solo habría entonces estos dos polos en la acción del analista: la acción „amo“ (del orden del dominio del analista) o el silencio „esclavo“ (del orden del dominio del analizante).

Ni lo uno ni lo otro: el analista „oferta“, ni actúa y determina, ni simplemente „recibe“ y calla. Para que la oferta sea escuchada como „distinta“ hace falta su repetición, pues un solitario „no“, puede ser dicho desde distintas posibles posiciones: amo, histérico, universitario. La repetición permite distinguir la posición de enunciación, pues contiene en sí misma la aceptación del rechazo (y no un creciente malestar que se presentaría si la posición fuera alguna de las otras tres). Esa aceptación del no, a la vez que la insistencia, implica „un deseo“, un deseo inédito (desconocido para el sujeto), es el deseo del analista: la presentación de un agujero de goce, que no desfallece ante la primera oposición.

Posición primera

Hay una primera orientación -también implícita y anterior a todas las otras, demasiado obvia-: que el sujeto se nos dirija su presentación primera. Es decir, antes de proponer la asociación libre, apuntamos a que el sujeto nos hable, o en el caso del autismo, que las huellas de su cuerpo se orienten por el nuestro (y nuestro consultorio). Como dice Arenas, esta demanda silenciosa implica otra: „ámeme“, pase de „amado“ a „amante“. También en la psicosis y el autismo, las primeras maniobras del analista son para establecer esta demanda silenciosa, pero no en términos de amor, aunque sí de dirección. El analista debe imantar todas las producciones del sujeto, con el cuidado establecido en el apartado de la transferencia. Esto implica la necesidad lógica de entrevistas preliminares en el autismo y la psicosis.

Finalmente

La orientación primera: que el sujeto se dirija al analista. Con su modo, no importa cuál.

Las dos primeras reglas son para tratar los signos del sujeto de manera tal de incomodar la solución armada hasta allí. Solución que tiene forma de Demanda que busca ser aceptada.

Las dos últimas son reglas para producir un lazo libidinal particular entre el analizante y el analista, también incomodando la demanda inicial que el sujeto busca imponer: ya sea „ser amado“ o „ser gozado“, mediante el discurso en la psicosis, con el cuerpo mismo en el autismo.

Hay algo que parece obvio y que no lo es tanto y creemos necesario señalar: **la singularidad nunca está de entrada**. Es necesario un trabajo para alcanzarla. Podríamos afirmar que en ese comienzo el sujeto rechaza la singularidad, no sabe arreglárselas con ella, y se abraza a algún modo de Universal. Sin embargo, en todas las estructuras hay elementos desde el primer encuentro que constituyen pistas de ella. Es adonde apunta el deseo del analista.

Si el S1 (como rasgo de goce fuera de sentido) que es hallado en el fin de análisis de la neurosis es equivalente a los S1 desencadenados de la psicosis y a las huellas del autismo, los que encontramos al inicio, esto supone varios problemas: en principio la naturaleza de lo singular: son varios „Unos“ o uno solo? La singularidad está efectivamente desde el principio o supone algún orden de invención y nominación? Esos „unos“ sueltos, sin jerarquía, sin orden, están efectivamente sueltos? En un sentido sí, pero en otro mas bien no, pues sostienen un Otro, el del goce. En este punto entonces no se podría definir qué es lo singular del sujeto y qué no. Hace falta un análisis (y la introducción de algún

orden de pérdida y de falta) para que el sujeto pueda advertir su singularidad y ver qué hace con ella.

En el seminario 23, esta singularidad se localiza en el sinthome, el cuarto nudo. Pero entonces tenemos un problema: se puede postular que hay sinthome antes del análisis (o sin análisis: Joyce), hay sinthome durante el análisis (y el propio analista es el sinthome, lo dice el mismo Lacan en su seminario), y hay sinthome después del análisis, como su consecuencia. Pero el sinthome-analista no tiene la misma función que los otros (un partenaire, una praxis): es un sinthome que impulsa a trabajar el nudo, no a simplemente dejarlo anudado. No es una sustancia, es una función dinámica. Esta función dinámica es irrepresentable en el nudo borromeo. También es irrepresentable cuando hay un desencadenamiento (o sea, cuando falla el sinthome) y el sujeto concurre igualmente al analista. Que hay entre ese desencadenamiento y el reestablecimiento posterior del cuarto nudo? La reminiscencia del cuarto? Una inscripción de la función del analista en la estructura del sujeto pero que no alcanza el orden del sinthome?

Como verán nos encontramos en estos últimos párrafos con la vía que habíamos abandonado: la topología: faltan letras y lugares para definir tanto estas estructuras como el deseo del analista en ellas. Y cómo concebir el fin de análisis. No hemos recurrido para ello a las nociones de lalangue ni parlêtre, y el problema del sinthome lo hemos planteado ligeramente. Pero confiamos haber despejado algunas cuestiones y precisado otras con el fin de alcanzar aquella topología o concluir su inutilidad en algún momento.

Bibliografía general:

Arenas, G. En busca de lo singular. 2010. Ed.Grama.

La flecha de Eros. 2012. Ed.Grama

Lacan, J. Seminario 7. La ética del psicoanálisis.

Lacan, J. Seminario 8 . La transferencia.

Lacan, J. Seminario 10. La angustia.

Lacan, J. Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Lacan, J. Seminario 23. El sinthome.

Lacan, J. „La dirección de la cura y los principios de su poder“. En: Escritos.

Seijas, R. „El sujeto de la psicosis: localizarlo en la clínica, establecer su concepto“. Presentado en las jornadas científicas del CSMNo1, GCBA Año 2014.

seijasr@yahoo.com